



ALTAS Y BAJAS





## ALTAS Y BAJAS



N amigo, aún siendo íntimo, jamás es, durante treinta días seguidos, el mismo hombre para nosotros.

Mil pequeñas causas que residen casi todas en nuestro orgullo, le cambian á cada momento á nuestros ojos, lo alejan, lo acercan, lo levantan en alto, lo hunden en la tierra, nos le hacen aparecer hoy un hermano adorable, mañana un amigo dudoso, al día siguiente enemigo odiado, obligándonos á perpétua disputa íntima, sobre su naturaleza y sus actos, de la que se deriva una serie interminable de sentencias, continuamente negadas, modificadas, anotadas y corregidas.

Si nos lo representamos en la imaginación al cabo de pocos años, en todos los aspectos bajo los cuales lo hemos visto y juzgado, veremos una anchísima

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO LÓPEZ"

140, 1625 MONTERREY, MEXICO



fila de fantasmas semejantes á las figuras que dibujaría un pintor que reprodujese cien veces la misma persona, dándoles todas las formas posibles desde la belleza más noble á la más grotesca caricatura, sin cambiar jamás su verdadera fisonomía.

¡Cuán maravillados y llenos de vergüenza quedaríamos!

\*  
\* \*

Para persuadirnos, no tenemos sino consignar sinceramente, día por día todo cuanto pensamos y sentimos de cualquiera de nuestros amigos más íntimos, y repasar nuestro diario, después de transcurrido un período de tiempo suficiente para borrar de la memoria los detalles.

¡Ah, hombres sensatos y graves que habláis, con voz profunda y echando al aire el índice de la mano derecha, de "firmeza de carácter" y de la "lógica de la conducta" haciendo un esfuerzo al final del período, para no aduciros vosotros mismos como ejemplo! No lo neguéis: vosotros también, abriendo vuestro cartapacio, leeríais algo parecido á las páginas que siguen, escritas por un pobre diablo, ligero como una pluma y variable como el *Hibiscus mutabilis*.

Y si vuestro cuaderno fuese diferente, bien puede asegurarse que no será muy sincero.



## DIARIO

.....  
 .....  
 "Esta mañana le he encontrado: ya hacía tiempo que no lo veía. Jamás vi cara tan serena y simpática.

Se alegró de veras al encontrarme.

Su sonrisa estaba llena de bondad, la mirada limpia y dulce, la voz afectuosa; una de esas expresiones de cara, que, por más que se diga de la *máscara del semblante*, no pueden mentir y no se encuentran más que entre la gente buena y noble, cuando se halla animada por un afecto delicado.

Es un buen muchacho. Cuando tenga algun resentimiento con él, bastará para desvanecerlo, que recuerde su aspecto de esta mañana; necesito tenerlo siempre fijo en la mente porque es la expresion definitiva de su naturaleza.

Cada cual tiene cierto gesto en la cara, difícil de verse y siempre fugitivo, en el cual se revela uno por entero, y que es como grito involuntario que delata el secreto de una vida entera. Podríasele llamar "la última palabra de la fisonomía." El rostro de mi amigo me ha dicho esta mañana su última palabra.

Confío que habrá comprendido el placer y la gratitud que ha dejado en mi corazón.

—  
 Sin embargo, de vez en cuando, hasta él mismo tiene tambien en la punta de la lengua, alguna gotita de veneno.

Aquella ironía suya de ayer tarde, aunque al parecer no llevaba segunda intencion, se dirigía á mí sin duda.

A esto pudiera llamarse "los anónimos de la conversacion" pequeñas alusiones punzantes, bastante claras para que el amigo comprenda que son para él, pero no tanto que le den el derecho de contestarlas.

Esto me desagrada. Méenos me hubiera disgustado si me hubiera hecho la indicacion directamente. En toda alusion hay malignidad. Sin duda me la preparaba hacía tiempo. Esto no es noble.

Lo peor del caso es que de las muchas contestaciones con que hubiera podido pararle los piés, ninguna acudió de pronto á mi cabeza. Cuando me



acudieron era ya tarde: hubiera hecho la figura de esos muchachos que sueltan de repente una cox en medio de una conversacion amistosa, para vengarse de una afrenta de la semana anterior, de la que se acuerdan en aquel momento.

Mejor es olvidarlo.

Tambien las más nobles naturalezas se dejan llevar algunas veces á estas pequeñas bejezas de damisela...; pequeñas, pero irritantes.

---

Hace muchos dias que no lo veo. Cuando un amigo nos ha herido el amor propio debemos encontrarlo pronto para hacernos curar por él mismo. No viéndolo, insistimos mentalmente en la causa de la herida, que se ensancha, se inflama, se exagera y acaba por hacernos gritar como úlcera peligrosa.

Aquella alusion maligna me escuece hoy más que el primer dia. No es una cosa ligera como me parecía. Corresponde ciertamente á un órden de pensamientos secretos, á un nudo de sentimientos, si no

precisamente malvados, al ménos dudosos, que abraiga contra mí en el fondo de su alma.

Si conmigo deja escapar una alusion, con otros expresará abiertamente su pensamiento: tal vez lo ha expresado ya muchas veces. Es preciso que, al ménos, le haga comprender que he leído en su corazon.

Pero no me decido á incluirlo en el haz de los falsos amigos, si bien su último flechazo, me recuerda otros que he recibido de él, y se me representan ahora todos juntos.

Es singular cómo todos van dirigidos al mismo punto, lo que prueba que tiene alguna carcoma contra mí. Este pensamiento me revuelve la bílis.

¡Con que él tambien finge! Me parece que al volverle á ver, no podré contenerme y le diré, con el cuidado debido, una de esas frases que llegan al hueso.... La busco.

---

¡Qué cosa más extraña! Apenas lo he visto, desconfianza, rencor, propósitos malignos, todo se ha



desvanecido en un momento y estuve con él, más cortés y benévolo que de ordinario, sin ningún esfuerzo, como si sintiese necesidad de hacerme perdonar los malos pensamientos que bullían en mi mente hasta ahora. Por fuerza ha debido él leer en mis ojos un poco de vergüenza.

Me encontré libre de pronto, como si me hubieran quitado un lazo de la garganta: estaba contento. Sin duda él ya no se acordaba de las palabras con que me hirió, y ni siquiera debió sospechar mi resentimiento. Es delicado y sincero. También puede ser que yo me haya equivocado.

Seguramente existe, entre amigos íntimos, una especie de influencia benigna de la presencia que disipa los pensamientos hostiles á que nos dejamos llevar unos contra otros en los apasionados soliloquios del amor propio.

Otra vez, cuando sienta nacer un rencor, iré á buscarle y bastará su hermosa presencia para sofocarlo. En adelante procuraré ser ménos fácil en dar cuerpo á las sombras.

Tiene ingenio: la razón estaba de su parte en la disputa que sostuvo ayer con sus amigos. Pero dogmatiza demasiado y tiene un modo de arrellanarse sobre el respaldo de la silla, á cada fin de tirada y cierta entonación de voz que revelan una persuasión de sí mismo, un tanto impertinente para los demás.

Alguno ligerísimo movimiento de hombros, con que acogió mis últimas observaciones, aunque poco pronunciado, no me agradó.

Nos equivocamos, y yo el primero, expresándole demasiado á menudo y con excesivo calor, el aprecio que hacemos de sus facultades intelectuales. Parece un poco hinchado.

Es preciso que busque medio de tenerlo á raya, ó acabará por tratarme como su ayuda de cámara.

Porque tiene ingenio, es hombre de buena pasta y un apreciable amigo; pero en el fondo, vamos, no puede decirse que sea un modelo de caballero; le falta la última mano. Es preciso que alguien se lo advierta para que llegue á corregirse.

Comprendo por qué á muchos no acaba de gustar. Aquel movimiento de hombros fué notado; esto me enfada; no lo consiento. Su padre era lo mismo, según se dice.



Hay verdaderamente encuentros afortunados entre amigos.

Esta mañana estábamos los dos de buen humor, hemos tenido una conversacion viva, rápida, alegre, animada, tocando cien registros, de acuerdo sobre todo desde la primer palabra, escuchándonos recíprocamente sin sombra de esfuerzo, cambiando ideas nuevas y conocimientos útiles, comprendiéndonos al vuelo en todo, diciéndonos naturalmente, como si escapara á pesar nuestro, palabras delicadas que jamás nos habíamos dicho, encontrando expresion fácil y aguda á todos nuestros pensamientos; y nos hemos separado contentos uno de otro, con vivísimos deseos de encontrarnos otra vez juntos, como dos cantantes que se han hecho aplaudir en un duo.

Estos son los días azules de la amistad, que recordamos despues por muchos años, como los artistas recuerdan ciertas horas de feliz inspiracion que creen no recobrar jamás.

—

Esta mañana no se le reconocía; se había levanta-

do entónces; tenía las megillas pálidas, los ojos entrecabiertos, la lengua pesada, una verdadera cara de atontado y no lograba enjaretar cuatro palabras seguidas.

Durante media hora no ha hecho más que repetir la misma cosa, sus acostumbradas sentencias sobre partidos políticos, que, cambiados los términos, le oigo decir hace tres años.

Me fastidia. Hay pocas cosas que enojen tanto como hablar con una persona que se encuentra en un estado intelectual que os obliga á refrenar el curso del pensamiento y de la palabra para ir al paso con ella.

¡Cómo cambiamos de hora en hora, santo Dios! No quisiera que fuese cierto que me ha fastidiado.

—

Hace un poco de tiempo que no dá señales de su existencia. ¿Se habrá enojado por alguna de mis palabras la última vez que hablamos? No; lo más probable es que no se deje ver, porque ni siquiera se acuerda de mí. Irá con otros de sus amigos. Aun



cuando siempre me ha demostrado amistad, la simpatía natural le empujó más hácia ellos que hácia mí.

En mí encuentra algunas veces la resistencia de la sinceridad, y aquellos se lo pasan todo. Siempre ha sentido la necesidad de dejarse pasar la mano por la espalda.

Y son más aparentes que reales las semejanzas que creíamos encontrar entre nuestras naturalezas. Somos como dos copos de la misma forma que contienen líquidos del mismo color; pero uno es malvasía de Liparí y el otro aceite de Lucca.

Será él la malvasía, pero jamás nos podremos confundir. Ahora parece que haya encontrado naturalezas más afines. ¡Que haga lo que mejor le parezca!

---

Sabe que no estoy bien, y no le he visto la cara tampoco. ¡Qué villano!

---

Hé aquí, por ejemplo, un querido consuelo. Las palabras que dijo en mi defensa aquella tarde, disputando con un enemigo mío, y que me han contado hoy, después de tres meses, son verdaderas palabras de un amigo de carácter y de corazón. Así se siente la bondad y la delicadeza del alma. ¡Amigo valiente!

Esta es una prueba de amistad que vale más que mil refinadas cortesías, una prueba que no olvidaré jamás y que me avergüenza de la versatilidad de mis juicios sobre él.

Cambio de opinión también acerca de ciertas cualidades suyas, pero jamás la he cambiado sobre el fondo de su índole que es noble y honrada.

Es de todo punto preciso que busque ocasión de darle una prueba de mi gratitud, en vez de expresársela con palabras. Mientras tanto hoy he experimentado profunda satisfacción hablando muy bien de él, y he sentido por vez primera cuán exquisito placer es alabar, cuando la alabanza sale del corazón impetuosa y limpia, como una vena de agua primaveral.

---



Sí, cuando más lo experimento más me persuado de que hemos nacido para entendernos y para querernos bien.

¡Con qué bondad y con qué agrado me hacía espaldas en la discusión ayer tarde! Cuando le parecía que estaba escaso de argumentos, venía en mi auxilio con una observación oportuna y sutil que me sacaba del atolladero; cuando soltaba una razón victoriosa, reparé que gozaba: lo comprendía por la sonrisa que brillaba en sus ojos y que no dejaba bajar á los labios, por no exasperar á mi adversario. Estuvo delicado, y con una delicadeza finísima, llena de golpes afortunados. Si hubiese estado en su lugar, tal vez no hubiese hecho otro tanto.

Me veo obligado á reconocer que vale más que yo y más que todos mis amigos: se lo diré ó le haré comprender que lo pienso así, porque lo merece y yo siento el deber de lavar mi conciencia de más de una mancha.

El me estima, tal vez más de lo que yo le estimo y es una injusticia de la cual estoy avergonzado y orgulloso.

---

Hoy ha sido otro buen día. Tenía un disgusto y su compañía me ha consolado. Mi padre no hubiera encontrado palabras más afectuosas y más eficaces que las tuyas para devolverme la calma.

Es verdad que en casos semejantes, la elocuencia es fácil porque deriva en gran parte del placer que se experimenta de no estar en la condición dolorosa, de la que se quiere consolar al amigo.

Pero no; su voz estaba conmovida, sus palabras eran sinceras. Y yo sentía una gratitud tan viva mientras hablaba que le hubiera echado el brazo alrededor del cuello y le hubiera dado un beso, si no hubiese temido mostrarme, con aquella expresión de gratitud alegre, demasiado fácil para ser consolado de un dolor profundo.

Pero deberé tolerar muchas durezas y muchas injusticias tuyas antes de tener el derecho de rebelarme. ¡Bueno y querido amigo! Creo que no me encontraría si tuviese que vivir mucho tiempo sin él!

---

Hay días en que, ni siquiera con el más querido amigo se consigue estar de acuerdo, por más



esfuerzos que se hagan. Son los días grises de la amistad.

Esta mañana había cierta mala voluntad por parte de los dos, no derivada de animadversión, ni de otra razón que turbase en uno u otro el sentimiento de la amistad; mala voluntad nacida no se de qué, pero invencible, que pesaba sobre los dos como plancha de plomo.

La conversación se cortaba á cada momento; no había medio de entendernos sobre ningún asunto; nuestras palabras frías y secas, chocaban en el aire y caían al suelo.

Ni uno ni otro teníamos el rostro abierto y franco; no conseguíamos dar á nuestra mirada ni á nuestra voz la expresión usual de benevolencia; no teníamos más que sonrisas forzadas, no tomábamos más que actitudes fingidas de gente preocupada. Y lo que nos preocupaba más era el temor que tenía cada uno de que el otro creyera que estaba en disposición malévolá respecto á él.

Nos hemos separado descontentos, pero dándonos cuenta los dos, de la verdadera naturaleza de nuestro desacuerdo.

Poco faltó para que al separarnos no nos dijéramos uno á otro:

—Otra vez irá mejor la cosa.

Como dos concertistas después de un fiasco. Estábamos en desacuerdo los dos: no es otra cosa.

Ayer tarde empezó un discurso como para confiarme un secreto; después lo cortó repentinamente. ¿Por qué? Esto me hizo reflexionar.

En resumen: yo no conozco á este hombre. Lo profundo de su corazón es todavía un misterio para mí, como para él, lo profundo del mío. No nos hemos visto ni uno ni otro en alguna de esas pruebas que ponen al descubierto el alma humana.

¿Sé yo, por ejemplo, si él tiene valor, abnegación, grandeza de ánimo, si colocado en terrible disyuntiva cometería un acto nobilísimo ó una villanía? Los dos nos encontramos en igual condición. La vida que hacemos, concentrada, uniforme, toda pequeñas emociones, ligeros choques, leves peligros, no hace saltar los grandes resortes del alma, no pone en movimiento más que las partes pequeñas del mecanismo. Nosotros no conocemos más que los extremos de nuestras cualidades morales.



¡Sabe Dios qué sorpresa nos daríamos uno á otro si nos pusiéramos recíprocamente á prueba!

Yo lo miraba ayer tarde, y despues de tanto tiempo como le conozco, experimentaba por él un sentimiento nuevo de curiosidad, y casi de desconfianza como si le viese por vez primera y me preguntaba á mí mismo:

—¿Qué habrá escondido ahí dentro? ¿Qué hombre aparecerá al exterior en un momento solemne?

Hé aquí por qué nuestra amistad es como arbolillo que pelagra á todo soplo de viento, porque no tiene raíces en un conocimiento profundo de nosotros mismos, que no nos consiente la condicion ordinaria de nuestra vida; y por esto son poco ménos que imposibles entre nosotros las grandes amistades.

No tenemos sino medios amigos ó fracciones menores.

Hoy, mientras estábamos juntos, nos han anunciado la muerte de un amigo comun, no íntimo,

pero estimado de los dos. Hemos quedado un poco tristes y despues de haber ensalzado al muerto durante un cuarto de hora, hemos tomado de nuevo nuestra discusion sobre el origen de un proverbio francés.

Pero de repente, he sentido frio en el corazon pensando que tal vez la noticia de mi muerte no hubiera hecho á mi amigo impresion más fuerte de la que hoy hemos experimentado los dos.

—¿Pero qué te extraña?—me ha dicho de pronto—¿La noticia de la muerte de un amigo te hace llorar jamás? ¿Te hace interrumpir por una hora, un trabajo que te corra prisa acabar? ¿Ha turbado alguna vez tu sueño? Y si experimentaste sentimiento doloroso ¿no fué en gran parte el sentimiento de la fragilidad de la vida, avivado por la prueba próxima que aquella muerte te proporcionaba, tanto que te sentiste consolado á lo mejor, oyendo que el amigo había muerto por efecto de una enfermedad hereditaria, de la cual estás inmune?

Sin embargo, mirando á mi amigo, y representándomelo un cuarto de hora despues de mi fin, muy acalorado discutiendo acerca del origen de un proverbio francés, sentía huir de mi corazon todo efecto por él y me preguntaba si no es verdad



que no existen afectos fuera de los de la sangre, y la amistad no es más que puro ideal.

Y me he separado friamente de él.

---

Hace quince días que no lo veo, y sin embargo, no daseo su compañía.

Frecuento la amistad de otros, me encuentro bien, y algunas veces, mientras estoy con ellos, el pensamiento de que pudiera venir, me molesta.

Le he visto de lejos, por detrás, y no me ha dado intencion de reunirme á él, y aun reprochándome mi indiferencia, no he hecho esfuerzo alguno para vencerla.

He buscado en mí, si tenía alguna razon de resentimiento y no he encontrado ninguna. No sé; pero mis pensamientos y mis sentimientos se han desviado de él naturalmente. Me parece que no tengo nada que decirle y que él no podrá decirme nada que me interese; su imagen se ha desvanecido ante mis ojos.

Es un caso psicológico frecuente, que pudiera lla-

marse síncope de la amistad. Sin duda tenemos los dos necesidad de reforzarnos de provisiones intelectuales y morales para el comercio de la conversacion: nos hemos vaciado recíprocamente y nos hemos detenido los dos á un tiempo.

Nuestra amistad duerme un buen sueño reparador. Esperemos que despierte.

---

Nos hemos tropezado, por fin, al doblar una esquina. No he sentido gran placer. Él me ha hecho grande agasajo, que me ha extrañado un poco en el primer momento. Despues me lo he explicado. Iba á un almuerzo de amigos... y de amigas. Tenía ante sí cinco horas de placer y de recreo. Sin duda había estado trabajando mucho hasta aquel momento. Y era ciertamente todo esto lo que le ponía tan afectuoso, lo que le hacía pedir perdon con palabras tan amables, por no haberme buscado en tanto tiempo, y lo que ponía en sus ojos una expresion tan afectuosa de inquietud, cuando me preguntaba si era siempre el mismo para con él.



Estaba contento, y ha aprovechado tan buena ocasion para traducir su alegría en demostraciones de amistad. Sin embargo, aquellas demostraciones no eran del todo falsas.

Pero su mayor parte estaba en otro lado. Si le hubiera dicho de repente:

—Ven á mi casa: me ha sucedido una desgracia, —le hubiera visto cambiar de color, por el disgusto de tener que renunciar á la fiesta; no por compasion de lo que me había pasado.

Pero seamos justos: yo haría lo mismo probablemente y aun creo que sobra el adverbio.

—

Le he echado encima una desgracia, ó mejor dicho, está suspendida sobre su cabeza. Está afligidísimo: he pasado el día en su casa. Es un gran castigo este de escudriñarse continuamente, uno á sí mismo, para no encontrar más que miserias y vergüenzas.

Él no cesaba de darme gracias por la amistad de que le daba pruebas, y yo, al mismo tiempo que

gozaba con sus palabras, tenía la conciencia atormentada por no merecerlas.

En mi interior no sentía ningun dolor por su desgracia; la asistencia que le prestaba, se la prestaba por vanidad, por deseo de parecerle, á él y á la gente que había alrededor, un hombre de corazon, un buen amigo con el cual se puede contar en circunstancias difíciles, y tambien con el deseo de ligarlo más estrechamente á mí con un servicio que no me costaba nada.

Mientras lo estaba oyendo con los ojos húmedos, moviendo la cabeza en señal de piedad y tristeza, miraba por la ventana abierta las colinas lejanas y pensaba con vivísimo placer en los paseos deliciosos que haría por aquella verdura, el próximo verano, en compañía de algunos amigos cargados de botellas y pollos asados y me separaba de vez en cuando de aquellos pensamientos para hacer cara de hipócrita.

Si mi amigo me pagase mis cuidados de hoy con una bribonada, debía darme por satisfecho. Sin embargo, á la primera descortesía que recibiré de él, diré con seguridad:

—¡Qué ingrato! No se acuerda ya de aquel día...

—



He tenido una grata emocion esta mañana. Me ha cabido la suerte de llevarle la noticia inesperada que le ha tenido lleno de afán y que ha devuelto la paz á su familia. El gozo de ser el primero en anunciarle la buena fortuna, de tener por algunos momentos su corazón en mis manos, de verlo serenarse y brillar sus ojos al sonido de mis palabras, era ciertamente más viva para mí que la que sentía por el hecho mismo que tenía que anunciarle.

Pero las dos alegrías se han confundido en mi conciencia y cuando mi buen amigo se arrojó en mis brazos, bañándose el rostro con lágrimas, no hubiera sabido decir, cual de los dos era mayor.

Jamás he sentido tanto afecto por él, como este día, en que él no ha hecho nada por merecerlo; jamás he sentido por él deuda de gratitud tan grande, como en esta ocasión en que parece que sea él el deudor.

Tan verdad es que también la gratitud es ciega: se rehusa toda alguna vez por un gran beneficio, y se concede íntegra, aun cuando no se pida, por una pequeña satisfacción.

¡Qué cosa más extraña! Perdonaré muchas ofensas á mi amigo, porque me acordaré de haberle llevado un día una noticia que le ha llenado de alegría.

¡Esto sí que es, de veras, curioso! ¿Por qué no me puedo quitar hace dos días de la cabeza que, hace cinco años, mi amigo, hablando de mí con otro, le dijo que le parecía un "hombre doble"? Lo sé hace cinco años; entonces él no tenía intimidad conmigo; desde entonces me ha dado mil pruebas de intimación; sé que ha rectificado aquella palabra con la misma persona ante la que la dejó escapar de la boca; me acuerdo que aquella palabra volvió á mi imaginación muchas veces sin despertar el menor resentimiento. ¿Pues por qué me molesta ahora y me hace el efecto de una espina en la garganta, que la siento un rato y otros no la siento y cuando creo que ya no la tengo, me acuerdo de repente que todavía me molesta?

—¡Un hombre doble!—Sin duda esto no me molesta; pero hay dentro de mí un imbécil, un niño, una mujercilla, algo que yo desprecio, pero que me obliga á escucharlo y me importuna y me incita, repitiéndome continuamente aquellas palabras.

—¡Un hombre doble!

¡Quién sabe! ¡Tal vez lo cree siempre y lo dice todavía!



No; no lo dice ni lo cree. Ayer tarde le miraba los ojos; se ve en su fondo una bondad clara é igual que parece no haberse fruncido nunca.

¡Estuvo fecundo y ocurrente! Durante toda la tarde permaneció alegre. Abusa demasiado de las anécdotas; pero es agudísimo y tiene buen gusto. ¡Con cuánta gana reía de mis bromas!

Hé aquí otro día en que, sin quererlo, hemos estado los dos á compás, como dos artistas de la antigua escuela.

Pero cuando nos parece ser naturalísimos, ¿somos tales con efecto? Esto me lleva á pensar que por mucho olvido que entre nosotros haya, por más que creamos los dos tratarnos sin sugerencias y sin ficción, nuestro modo de ser, de mirarnos, de hablar, es todo puro artificio.

Cuando estamos juntos, no hago ciertos gestos que me son habituales, corrijo ciertas maneras, evito ciertas inflexiones de voz, callo la mitad de lo que pienso, no hago cien cosas de las mu-

chas que me viene en voluntad hacer. Y á él, sin duda, le pasa lo mismo. ¡Y somos amigos íntimos! No somos más que dos copias reducidas y correctas de nuestro verdadero yo. Nos presentamos uno á otro los restos.

Yo quisiera estar junto á él, invisible, en su casa, en su habitacion cerrada, para ver las muecas que hace y la expresion de cara que toma, para oír las tonterías que deja escapar de la boca en alta voz; las aprobaciones que se dá á sí mismo cuando trabaja, las palabras sin sentido que entona con música improvisada, ciertos ímpetus de bufa alegría en que prorumpe, ciertos desahogos de rabia á que se deja llevar, para estudiar en él las mil tonterías, las mil extravagancias sin nombre que se hacen en la soledad, por ese compuesto de niño, de loco y de bestia que suele ser el hombre cuando no tiene encima una mirada, ni un oído cerca.

Todo esto quisiera ver para saber verdaderamente quién es. Porque ¿qué me hago con este personaje compuesto, educado y sensato con el cual hablo todos los días? No se parece al hombre verdadero, más que una fotografía á su original.



Ha corrido un mes y en este tiempo ha pasado entre nosotros algo semejante al fenómeno químico que se produce, cuando, entre dos elementos combinados interviene la afinidad de un elemento nuevo, que se combina á su vez con uno de los primeros y elimina el otro.

He encontrado un nuevo amigo que mostraba tener todas las cualidades buenas del otro, pero ninguna más; mas tenía sobre aquel la ventaja de ser nuevo: mostraba las buenas cualidades y no dejaba ver los defectos; me trataba con el cuidado que impone una amistad reciente, no conocía aun mis defectos y me hablaba de un modo que no estaba acostumbrado á oír.

Por esto me uní á él y abandoné al otro, el cual, de la comparacion, resultaba que nunca había estado bastante deferente y cortés conmigo.

Por algun tiempo, mientras el barniz del nuevo estuvo intacto, la amistad corrió fácil y placentera que era una maravilla. Pero despues empezó á caer el barniz y los defectos aparecieron, y entonces, visto que el nuevo amigo no valía más que el primero, en igualdad de condiciones volví al primero, por la misma razon que lo había dejado: porque era más antiguo.

Viéndome volver á él con mayor afecto, ni si-

quiera ha sôspechado que lo debía á la interposicion de un rival.

---

Esta mañana me pareció que se había ofendido por una mirada que le eché y que él cogió al vuelo, volviéndose mientras estaba al espejo en su cuarto. Y efectivamente, aquella mirada expresaba una cosa bien diferente á la simpatía. ¿Cómo? ¿Existe, pues, una especie de antipatía física que puede ir unida á la simpatía moral?

Verdad que algunas veces, aún en los amigos á quienes profesamos profundo afecto, observamos ciertos gestos habituales, ligerísimos defectos físicos, actitudes que no sabríamos definir, que se nos hacen enojosas y repugnantes, sin que comprendamos la razon y atraen la atencion á despecho nuestro, como ciertas caras que no se pueden sufrir y que es preciso mirar por fuerza.

Un fisiólogo explicaría la cosa diciendo que nuestras formas y ciertos hábitos físicos nos son antipáticos porque corresponden á ciertos defectos morales,